

LAS NACIONES HISPANO AMERICANAS juzgadas en Europa

En abril del año pasado vino a Cádiz, a fin de embarcar para Colombia a donde iba acreditado como ministro plenipotenciario de España, el señor D. F. G., joven de elegante figura y de muy cultas maneras a quien tuvimos oportunidad de conocer. El señor G., ya a bordo del vapor «Buenos Aires,» ante muchísimas personas, manifestó que no iría a Colombia. Quieren desterrarme, dijo. Me mandan a Bogotá como si hubiera cometido un crimen..... y a poco pidió a los empleados que le bajaran a tierra su equipaje.

En el muelle varios amigos le hicieron atinadas observaciones. Si no va usted a Colombia, le decían, compromete su carrera; además, aquello no es tan malo y usted puede estar pocos meses y luego solicitar su traslado. Los consejos de los amigos ejercieron influencia pasajera sobre su ánimo y resolvió embarcarse de nuevo. Todo iba bien; empero, ya en alta mar, a pocas millas de las Islas Canarias, en voz alta manifestó—según nos han informado—que no iría a Colombia definitivamente; tomó un revolver y se disparó tres tiros. Ya agonizante lo dejaron en Las Palmas, en cuyo hospital murió.

Este señor, dicen algunos, pensó que era más conveniente poner fin a sus días que morir devorado por los antropófagos colombianos, los de la calle real de Bogotá, o la calle ancha de Barranquilla.

Nosotros creemos que era simplemente un neurasténico que debió estar en un sanatorio, no en una legación.

Otro:

Un ilustre diplomático fue nombrado ministro en Chile hace meses. Pues bien; su hermano, popular es-

critor y muy inteligente periodista, publicó en los diarios de Madrid un artículo en el cual atacaba al gobierno de España, diciendo que querían asesinar a su hermano, que lo mandaban a morirse para castigar algunos artículos de oposición que escribió. Ignoraba que Santiago es una ciudad muy adelantada donde nada de lo que tiene en Madrid podía echar de menos.

Y este es otro caso rigurosamente cierto. Había una multitud en el muelle de Cádiz esperando el vaporcito auxiliar que debía llevar a bordo los pasajeros de un trasatlántico que tocaba en puertos colombianos. Entre éstos, varios Padres misioneros. Nos presentaron. Uno, joven, de treinta años a lo más, robusto, de buena figura, nos llamó aparte y con cara de dolorosa preocupación, nos preguntó:

—¿Dígame señor cónsul, son muy bravos los indios?

Puso tal afán en su pregunta, demostraba una conformidad mezclada a un temor tan grande, que no pudimos menos de sonreír. Largamente explicamos al buen Padre misionero como era aquello... y le volvió el alma al cuerpo.

Al hablar de la ocupación militar de Santo Domingo por los yanquis, uno de los diarios más importantes de Madrid, dijo: ¿Santo Domingo? «Una isla donde hay muchos loros...»

La revista X, de gran circulación, refiriéndose a la ruptura de relaciones entre Alemania y los Estados Unidos, aseguró, con una frescura increíble, que las repúblicas de la América española, en el actual conflicto, no harían sino lo que quisieran los yanquis, pues, más o menos, todas eran feudos del Tío Sam y en ellas no había más criterio ni más norma que la de los Estados Unidos.

Para bastantes españoles, Colombia es Sabanilla,

así como suena; una playa árida y desierta, con un muelle de acero, una estación sanitaria y la peste bubónica, la fiebre amarilla y otras preciosidades endémicas. . . .

Es natural que muchos lo piensen así si creen relatos extravagantes de viajeros que regresan dándose tono y refiriendo aventuras inverosímiles. Quien, se iba escapando de ser devorado por un indio; aquel otro, al subir el río Magdalena, en una piragua nada menos, fue atacado por varios caimanes militarmente organizados; uno, diz que duró no sabemos cuántas horas alimentándose de raíces, y así por el estilo.

Y es lo que nos decía un amigo, quien regresó de Colombia—donde fue culta y espléndidamente agasajado—para volver a su empleo en una provincia española con modesto sueldo: si no se escribieran esas cosas, pues no llamarían la atención. Hay que escribir sobre asuntos pintorescos, porque si se les dice a los lectores que en Bogotá hay una cultura refinada; que las mujeres, bellas casi todas, visten a la última moda de París; que en los salones hay una distinción excepcional; que los caballeros—aparte de su reconocida ilustración en esa tierra de escritores y poetas—van por lo general de jaquette y chistera, podrían creerse engañados. Decirles que lo de allá es igual a lo de aquí poco más o menos, no es gracia ni merece la pena. Hay que interesar a los lectores y dejar campo abierto a la inventiva.

Aquí en la madre patria, en la propia España, a diario, a todas horas, estamos viendo cuestiones semejantes. Ya no nos tomamos ni el trabajo de incomodarnos.

A lo mejor un gitano, desarrapado y hambriento, dice que por allá vivimos desnudos, comiendo frutas y raíces; un andaluz—que destroza el castellano y se come las dos terceras partes de las palabras—nos asegura que ya nos van entendiendo; hay criada que se admira de

vernos comer con cubiertos, y un personaje ilustre que nos dijo en cierta ocasión: ¿Colombia será como la provincia de Cádiz, verdad?.....,

Y no se nos diga que el caso del diplomático español que se suicidó es un hecho aislado, una cosa excepcional y que sólo la gente del bajo pueblo puede pensar así.

Ya hemos recordado que un canónigo pensaba que Colombia tenía la extensión de una provincia española; pues bien, como él hay miles más que opinan lo mismo y cuando uno les asegura lo contrario creen que se está *colando*, es decir, contando una gran mentira.

En la edición de este año del *Almanaque Bailly-Bailliere*, en un capítulo que lleva el pomposo título de «Historia de la ciencia y literatura hispano-americanas contemporáneas,» nada menos, al enumerar las personas ilustres de la América española, cita de Colombia: como poetas, a un Tejera, Potentini, Esteves, Rey Ayala, Lazo Martí (ninguno colombiano); como dramaturgos, a Fernández Madrid y a Nicolás Carpancho (!); como novelista, a D. Julio Arboleda. En las ciencias políticas habla de Rafael Cuervo y de Vicente Polanco; en lingüística cita al Padre Fabo (buen amigo nuestro, recoleto español), olvidando a tantos de méritos indiscutibles como don Rufino J. Cuervo, el señor Caro, el doctor Carrasquilla, Diego Rafael de Guzmán, Gómez Restrepo, Restrepo Mejía y muchísimos más. El almanaque citado tiene una circulación enorme.

El publicista don Ciro Bayo ha editado un libro *Examen de Próceres* en el cual ataca a Bolívar, llama al precursor don Santiago Nariño y asegura que fue presidente del Congreso de la Argentina (léase Angostura).

En la revista *Nuevo Mundo*, una de las de mayor circulación de Europa, publicó el periodista don Cristóbal de Castro un artículo sobre Colombia. Decía el cas-

tizo prosador que Colombia no tenía sino un solo puerto, el de Cartagena, y aseguraba que la capital de la República era Medellín. Aparte de que para él el único hombre de letras notable había sido el autor de *Idola Fori*, olvidándose de tantos que han dado días de gloria a la patria y escrito páginas inolvidables; oradores, literatos, poetas, hombres de ciencia y hombres de estado.

Eran tales las inexactitudes de ese artículo, al cual daba indiscutible autoridad ante el público español la personalidad del autor y el prestigio de la revista que lo insertaba, que creímos un deber—siquiera fuese de manera rápida y modestísima—rectificar aquellos errores, y al efecto dirigimos una larga carta abierta al señor de Castro, carta que publicamos en Cádiz y que fue reproducida por algunos diarios y revistas españolas.

J. M. PEREZ SARMIENTO

(Del libro titulado *Colombia*).

NOMBRAMIENTO DE SECRETARIO

DERETO NUMERO 2 DE 1919

El Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Vista la renuncia presentada por el señor colegial doctor Antonio María Barriga Villalba del cargo de Secretario del Colegio, y conforme a las facultades que le confiere el parágrafo III del título II de las constituciones nuevas,

DECRETA:

Artículo único. Nómbrase Secretario del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario al señor colegial don Pedro Ramírez Toro, bachiller en filosofía y letras.

Dado en Bogotá, a 28 de febrero de 1919.

El Rector, R. M. CARRASQUILLA

